

CALIDAD DE VIDA EN TIEMPOS DE POST- CONVERTIBILIDAD. UNA MIRADA DESDE LA PATAGONIA (NEUQUÉN, 2001-2010)*

Joaquín Perren¹, Laura Lamfre²

¹ Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales, CONICET, Universidad Nacional del Comahue

²Centro de Estudio de Economía, Salud y Bienestar, Universidad Nacional del Comahue

Resumen

El presente artículo busca analizar la calidad de vida en la ciudad de Neuquén y su evolución en la primera década del siglo XXI. Proponemos un recorrido que presenta tres momentos claramente diferenciados. En una primera sección, realizaremos una aproximación a la idea de calidad de vida, sondeando posibles vías para su medición al usar la información de los censos nacionales de 2001 y 2010. Luego, describiremos el contexto que funcionó como escenario del fenómeno que pretendemos explicar. Por último, presentaremos los principales resultados que obtuvimos en el análisis de algunas dimensiones a partir de las cuales exploramos de las desigualdades socio-espaciales que atravesaron la capital provincial en la última década. En todo este itinerario, a fin de reflejar en el espacio muchos de los fenómenos que las fuentes censales ponen en evidencia, hemos elaborado cartografías temáticas a partir de la utilización de sistemas de información geográfica.

* Este texto fue realizado en el marco del PICT-2016-0912 "Calidad de vida en ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén (1991-2001)", dirigido por el Dr. Joaquín Perren y financiado por la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica.

Palabras clave: Calidad de vida; ciudades intermedias; segregación residencial; historia urbana, desigualdades socioespaciales.

Abstract

The present work aims to analyze the quality of life in the city of Neuquén and its evolution in the first decade of the 21st century. We propose a route that presents three clearly differentiated moments. In a first section, we will approach to the idea of quality of life, probing possible ways to measure it when using the information of the national censuses of 2001 and 2010. Then, we will describe the context that worked as a scenario of the phenomenon that we intend to explain. Finally, we will present the main results we obtained in the analysis of some dimensions from which we explore the socio-spatial inequalities that crossed the provincial capital in the last decade. Throughout this itinerary, in order to reflect in the space many of the phenomena that the census sources put in evidence, we have developed thematic cartographies based on the use of Geographic Information Systems.

Keywords: Quality of life, intermediate cities, residential segregation, urban history, socio-spatial inequalities.

Recepción 7/12/2017 Evaluado 18/12/2017

INTRODUCCIÓN

En 2014, un grupo de economistas de la Universidad Nacional del Comahue publicaba un artículo en un medio académico regional. Apelando a un sólido conocimiento de base y a un instrumental teórico actualizado, las autoras se proponían estudiar las formas en que el capitalismo avanzado había impactado en la dinámica urbana norpatagónica, partiendo del supuesto que esta última no podía mantenerse al margen de la “reestructuración productiva mundial y la liberalización financiera y comercial, traducida en la conformación de cadenas globales de valor ligadas al impacto de la revolución centrada en las tecnologías de información y comunicación” (Landriscini, Domeett y Rivero, 2014: 2). Luego de repasar numerosos indicadores, las académicas señalaban que la ciudad de Neuquén había sido el *locus* de una serie de

fenómenos entre los que se destacaba la ampliación de su área de influencia, el agravamiento de los conflictos ambientales, así como la intensificación de los flujos de personas, bienes, información y servicios. Tales procesos, concluían las autoras, habían acentuado un cuadro de segregación “con impactos diversos en la calidad de vida de la población”, con áreas en las que se observaban inocultables faltantes en materia de infraestructura y sectores en los que la tónica pareciera responder “a la demanda de sectores de altos ingresos con residencia en la región” (Landriscini, Domeett y Rivero, 2014: 9).

Esta afirmación, sugestiva por donde se la mire, constituye la piedra de toque del presente artículo. El objetivo trazado para las siguientes páginas no es otro más que profundizar los dichos de las científicas antes citadas, centrando nuestra mirada específicamente en la problemática de la calidad de vida. No hace falta decir que la ciudad de Neuquén, capital de la provincia homónima, en franja más septentrional de la Patagonia argentina, constituye uno de los escenarios urbanos de mayor crecimiento relativo a lo largo del siglo xx. En relación al arco temporal seleccionado, procuramos escapar al tentador impulso de analizar la última ronda censal, privilegiando una aproximación a la década de 2000, aunque siempre ubicando a este periodo dentro de tendencias de más largo aliento que explican la actual configuración socio-espacial de la ciudad.

Con esas coordenadas temporales y espaciales en mente, proponemos un recorrido que presenta tres momentos claramente diferenciados. En una primera sección, realizaremos una breve aproximación a la idea de calidad de vida, sondeando posibles vías para medirla al usar la información de los censos nacionales de 2001 y 2010. Luego, describiremos el contexto que funcionó como escenario del fenómeno que pretendemos explicar. Bucearemos allí en torno a los efectos sociales y

económicos que experimentó la ciudad de Neuquén en la fase de la post-convertibilidad, explorando los cambios y continuidades en relación a la “gran transformación neoliberal” de los noventa (Auyero y Burbano, 2015: 53). Por último, presentaremos los principales resultados que obtuvimos en el análisis de algunas dimensiones a partir de las cuales exploramos las desigualdades socio-espaciales que atravesaron la capital provincial en la última década. En todo este itinerario, a fin de reflejar en el espacio muchos de los fenómenos que las fuentes censales ponen en evidencia, hemos elaborado cartografías temáticas a partir de la utilización de sistemas de información geográfica (en particular, el programa QGIS 2.6.1).

UNA (NECESARIA) ESCALA TEÓRICO-METODOLÓGICA: HACIA UN ÍNDICE DE CALIDAD DE VIDA PARA CIUDADES INTERMEDIAS

Para dar cuenta de los objetivos planteados es importante que abramos un breve paréntesis teórico. En ese sentido, no estaríamos errados si dijéramos que década de 1980 asistió al reforzamiento de una preocupación en torno a la calidad de vida, dando un salto adelante en relación a la estimación de indicadores económicos clásicos, especialmente los relacionados con el cálculo del producto bruto per cápita. Por aquellos años, como bien señaló Leva (2005: 30-32), comenzó a prestarse atención a dimensiones no necesariamente materiales que, hasta allí, habían sido consideradas irrelevantes, pero que eran claves para reconstruir la condición de existencia de la población. Fue así como surgió el Índice de Desarrollo Humano (IDH), diseñado por el economista pakistaní Mahbub ul Haq y luego popularizado por la Organización de las Naciones Unidas. Con la inclusión de variables ligadas a los logros educativos y la esperanza de vida, el IDH se convirtió en un poderoso instrumento

para examinar las desigualdades que surcaban a una economía capitalista que, luego de la caída en desgracia del socialismo realmente existente, alcanzaba una escala global. Poco tiempo después, y bajo las mismas premisas, hizo su presentación pública el *physical quality-of-life index*, que promediaba, para distintas escalas espaciales, las tasas de alfabetismo, la mortalidad infantil y la esperanza de vida a la edad de un año.

Simultáneamente, Nussbaum y Sen (1996) fueron los promotores de una conferencia internacional en la que se discutió en forma interdisciplinaria el concepto de “calidad de vida” y las políticas sociales necesarias que el mismo se plasme en la realidad. Ya en los noventa aparecieron aproximaciones cuya singularidad radicaba en nutrirse de los aportes de la psicología. Fue el caso del Índice de Satisfacción con la Vida ideado por White y del Índice del Planeta Feliz elaborado por la *New Economics Foundation*. Al mismo tiempo, el monopolio norteamericano en los estudios sobre calidad de vida fue puesto en cuestión con la presentación del proyecto URBAN AUDIT, una iniciativa de la Comisión Europea tendiente a brindar a las ciudades de viejo continente una útil herramienta de auto-diagnóstico. Finalmente, en 2008, Stiglitz, Sen y Fitoussi (2009) dieron vida a una Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social con el fin de evaluar la viabilidad de nuevos instrumentos de medición para el análisis de ambos aspectos.

Esta *mainstream* internacional no podía dejar de impactar a la Argentina. En tempranos años de la democracia, cuando el sistema universitario se estaba recuperando de la larga noche de la dictadura, surgieron las primeras investigaciones alrededor de la calidad de vida. Además del importante antecedente que significó el Atlas Total de la República Argentina, que dedicó un capítulo a la calidad de vida, debemos señalar los trabajos de Liberali y Massa (1986) que, más allá de su fuerte

contenido teórico, dieron en el clavo al señalar que la tasa de suicidio, el saldo migratorio negativo o los índices de criminalidad eran aspectos claves a la hora de pensar la condición de vida de la población. En similares coordenadas, pero un poco más próximos en el tiempo, debemos ubicar los aportes de Rofman (1988) y los de Roccatagliata (1993): si el primero orientó sus esfuerzos a poner al descubierto las desigualdades regionales, el segundo posó su mirada en la ciudad de Buenos Aires, siguiendo los señeros planteos de Yanes y Liberali (1986-1989). Luego de estas aproximaciones más bien exploratorias, los estudios sobre calidad de vida ganaron en madurez. La organización de sesiones especiales, la celebración de seminarios internacionales con fuerte presencia de especialistas argentinos y la publicación de un corpus consistente de textos alrededor de la temática en cuestión, son muestras elocuentes de un campo académico que se había alejado de sus humildes comienzos, rompiendo en buena medida los habituales tabiques que suelen separar a las ciencias sociales. Como bien ha señalado Velázquez en un reciente estado del arte, “los estudios sobre geografía y calidad de vida en la Argentina se han instalado de forma progresiva en nuestra comunidad científica, ya no solo desde la misma geografía, sino también desde la sociología, la demografía, la estadística, la informática, la antropología, la economía y la arquitectura” (2016: 12).

Luego de esta breve descripción de las principales avenidas por donde circuló la producción vinculada a la calidad de vida, resulta necesario que precisemos su significado. Una buena forma de hacerlo es diferenciando aquella de ese yacimiento de subjetividades que, por comodidad, llamamos pobreza (González, 1997). En este sentido, coincidimos con Velázquez cuando dice que, “aunque los conceptos de pobreza y calidad de vida se refieren a fenómenos muy relacionados, tienen

diferencias entre sí” (2008: 16). La más importante de ellas nos conduce a los parámetros a partir de la cual podemos dar cuenta de ambas situaciones. Sabido es que la pobreza hace referencia a la existencia de una carencia e involucra, por definición, a quienes no logran superar un umbral mínimo de necesidades. Este límite inferior, a partir del cual se cataloga como pobre a una persona u hogar, puede estar asociado a un cierto nivel de ingresos (pobreza coyuntural) o bien al acceso a determinados consumos colectivos como la educación, la vivienda o un sistema de saneamiento (pobreza estructural). En el caso de la Argentina, el primer tipo de pobreza se mide en relación a una línea de la pobreza o, cuando se establecen parámetros básicos de supervivencia, a una de indigencia; mientras que la segunda se fija como un porcentaje de la población que no consigue satisfacer sus necesidades básicas (NBI) (Bolsi y Paolasso, 2009: 18-20).

La noción de calidad de vida se encuentra, entonces, en las antípodas de la categoría “pobreza”. Esta última, como acabamos de ver, se modula a partir de la existencia de un mínimo de condiciones a cumplir. La primera, en cambio, constituye “una medida de logro respecto de un nivel establecido como óptimo teniendo en cuenta dimensiones socioeconómicas y ambientales dependientes de la escala de valores prevaleciente en la sociedad” (Velázquez, 2001, 15). Así pues, y como bien señala Velázquez, “mientras la pobreza se mide con respecto a un piso, la calidad se mide respecto a un techo” (2003); uno que es variable en el tiempo, en la medida que “la escala de valores y, sobre todo, las expectativas, cambian” (Velázquez, 2005: 174). Ambas características vuelven a la calidad de vida una categoría especialmente adecuada para analizar las particulares sociedades situadas tanto temporal como espacialmente.

Con una idea clara de los aspectos conceptuales que hacen a la definición de la calidad de vida, estamos en condiciones de avanzar por la senda de lo metodológico. Para que el purismo no se agote en la teoría, una primera cuestión a resolver es aquella que concierne a la unidad de análisis que adoptaremos para explorar la calidad de vida en la ciudad de Neuquén. Para poder sondear este fenómeno a escala intra-urbana utilizaremos información a escala de radio censal que constituye, para 1991 y 2001, el máximo nivel de desagregación suministrada por los instrumentos estadísticos disponibles. Solo de esta manera podremos apreciar de forma simultánea las dimensiones pública y privada que hacen a un abordaje complejo de la calidad de vida: si la primera se encuentra referida “a aspectos macro, ligados a cuestiones ambientales, de infraestructura colectiva y accesibilidad” (Velázquez, Mikkelsen y Linares, 2014: 13); la segunda depende de indicadores micro, “asociados con el nivel de ingresos, la composición del grupo familiar o el nivel de instrucción” (Velázquez, 2005: 71).

Más allá de estas precisiones en relación a la escala que emplearemos en el presente estudio, no podemos dejar de mencionar lo inacabada que es aun la tarea de elaborar un índice sintético que permita aproximarnos a la calidad de vida en la ciudad de Neuquén. Claro que esto no es un problema que solo atañe a la Patagonia. Por el contrario, como bien ha señalado Velázquez, “la formulación de un índice de calidad de vida con cierta pretensión de generalización o universalización no es aun cuestión que se halle totalmente resuelta, pues depende de numerosos factores tales como procesos históricos, escala de valores de la sociedad, expectativas, vivencias individuales y colectivas, dimensiones privadas, escala de análisis y su ajuste con la información disponible” (2008: 577-578). Por este motivo, y para lograr cierto grado

de comparabilidad entre distintas ciudades del tamaño de Neuquén, hemos decidido seguir el rastro dejado por múltiples investigaciones argentinas que han prestado atención a la dimensión socio-económica del fenómeno, especialmente a variables de corte educativo, sanitario, habitacional y ocupacional, pero también a cuestiones más ligadas a lo ambiental. El punto de llegada de este ejercicio en el que procuramos dar cuenta de las múltiples aristas que se conjugan en la idea de calidad de vida puede observarse en la Tabla 1.

Tabla 1. Calidad de vida: dimensiones e indicadores

Dimensión Socio-económica			
Educación <ul style="list-style-type: none"> • % de los jefes de hogar que no alcanzaron a concluir los estudios primarios • % de los jefes de hogar que completaron su paso por la educación superior 	Salud <ul style="list-style-type: none"> • % de la población con dificultades para acceder al agua 	Vivienda <ul style="list-style-type: none"> • % de la población que reside en viviendas que carecen de inodoro de uso exclusivo • % de hogares que presentan más de dos personas por cuarto 	Actividad <ul style="list-style-type: none"> • % de la población económicamente activa desocupada
Dimensión ambiental			
<ul style="list-style-type: none"> • % población afectada por riesgo de inundación • % población afectada por riesgo asociado al frente de barda 			

Fuente: Elaboración propia

En el casillero educativo hemos optado por incluir dos variables: el porcentaje de jefes de hogar no alcanzaron a concluir los estudios primarios y el que corresponde a aquellos que completaron su paso por la educación superior. La elección del máximo grado de formación alcanzado por el jefe de hogar se ha realizado partiendo de la

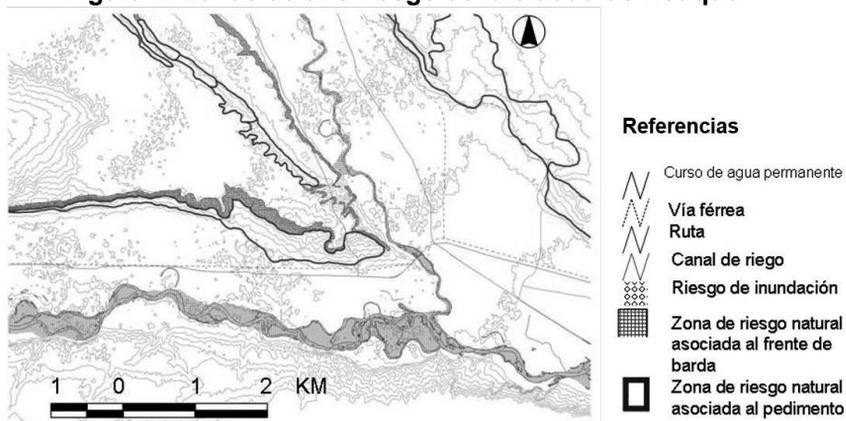
idea que constituye un indicador indirecto de nivel ocupacional (Perren, 2014). El supuesto que atraviesa podría resumirse de la siguiente manera: quienes no habían terminado el primario tenían, hacia comienzos del siglo XXI, menores posibilidades de obtener un empleo bien remunerado y ubicado en la parte formal de la economía; mientras que los que habían culminado el nivel terciario o universitario no sólo tenían mayores posibilidades de alcanzar los mejores trabajos, sino también de sortear exitosamente los momentos de crisis. Pero no podríamos pensar la relación entre instrucción y pobreza en términos unilaterales. Como bien señala Sabuda, el logro de un elevado grado de instrucción permite a las personas lograr “una mayor capacidad para desarrollar sus potencialidades y poder ingresar al mercado laboral, reforzando la cohesión social y el desarrollo para mejorar su calidad de vida”; mientras que, a la inversa, “la menor magnitud de educación con que cuente cada persona estaría relacionada con la idea de fracaso y exclusión social, situaciones que repercuten en el incremento de las brechas sociales (2008: 145).

En materia sanitaria nuestra selección no es muy diferente a la de otros especialistas en la materia: atenderemos al porcentaje de población con dificultades para acceder al agua. A la hora de evaluar las razones que nos impulsaron a tomar esta decisión, debemos decir que esa variable nos habla de lo que distintos autores han dado en llamar inequidades en salud, que son las “diferencias sistemáticas, injustas y evitables en la capacidad de funcionar de las personas, que resultan de la desigual distribución del poder y los recursos a lo largo de la escala social, son acumulables en el tiempo y, además, pueden ser revertidos a través del abordaje de las políticas públicas desde la perspectiva de los determinantes sociales de la salud” (Organización Mundial de la Salud, 2008). Después de todo, la calidad de vida de las personas tiene una íntima

relación al acceso de recursos, tanto monetarios como no monetarios, que permitan la prevención y el tratamiento de distinto tipo de enfermedades. Como plantea Sen, “lo que es particularmente grave como injusticia es que algunos pueden no tener la oportunidad de alcanzar una buena salud debido a acuerdos sociales, y no a una decisión personal de no preocuparse por su salud” (2000:302).

En la dimensión que corresponde a vivienda y equipamiento hemos incluido dos variables: el porcentaje de la población que reside en viviendas que carecen de inodoro de uso exclusivo y el que hace a la proporción de hogares que presentan más de dos personas por cuarto. El primero de los atributos nos proporciona pistas sobre que Auyero y Lara de Burbano (2015) denominaron “destitución infraestructural” o, en términos de Velázquez, “pone en evidencia el déficit de equipamiento de las viviendas” (2008: 581). Esto último se debe a que, a diferencia de otros servicios como el alcantarillado o la provisión del agua, la falta de retrete es independiente de la localización de la vivienda en relación a una determinada red, permitiendo que accedamos a la dimensión privada de la calidad de vida. La segunda variable que incluimos en el presente catálogo, además de brindarnos información sobre el grado de hacinamiento de la población, constituye una forma indirecta de medir los problemas de acceso a la vivienda. Lo interesante del caso es que, tomando distancia de la clasificación censal, que habla de situaciones de pobreza cuando se registran tres personas residiendo en un mismo cierto, hemos optado por disminuir ese umbral a dos personas, siguiendo las atinadas observaciones de Velázquez (2004: 181).

Figura 1. Zonas de alto riesgo de la ciudad de Neuquén



Fuente: Pérez (2010)

Una cuarta avenida por la que circula la calidad de la vida de la población se vincula a la actividad económica y, para acceder a la misma, hemos incorporado a nuestra caja de herramientas la tasa de desocupación. Partimos del supuesto que “el modelo cultural dominante en la sociedad argentina obliga a reconocer el papel que se atribuye a la ocupación laboral de los miembros activos de la comunidad como medio necesario para el acceso a los bienes y servicios y como valor clave de la emancipación y realización” (Lucero y otros, 2007: 253). En el plano de lo concreto, la posibilidad de acceder a un empleo tiene un doble impacto en la consecución de bienestar. De forma directa, constituye una fuente de ingresos que permite la reproducción básica de cualquier hogar; mientras que, de modo indirecto, la posesión de recursos financieros, sobre todo si provienen de un empleo formal, permite satisfacer necesidades del hogar contribuyen al bienestar individual de forma

integral, entre los cuales se cuenta acceso a servicios médicos, derechos laborales y también la calidad de vida futura (Lucero y otros, 2015: 96).

Por último, sumamos al índice de calidad de vida variables que se relacionan con lo ambiental. Sobre esta última dimensión, nos interesa especialmente prestar atención a lo que, a falta de un nombre, podríamos denominar “riesgo natural”. De acuerdo a Celemín, un especialista en lo que al estudio de la calidad de vida se trata, tal idea remite a la “mayor o menor probabilidad de exceder un valor específico de consecuencias sociales o económicas en un sitio particular y en un tiempo determinado debido a la actividad de un proceso natural” (2007:84). Sin ánimos de ser exhaustivos, podríamos decir que el hecho de incorporar la dimensión ambiental nos permite identificar, clasificar y valorar las áreas potencialmente afectables de un territorio. En ese sentido, hemos descartado variables que, aunque ampliamente utilizadas en estudios a gran escala, pierden capacidad explicativa para identificar las desigualdades socio-espaciales intraurbanas (por caso: sismicidad, vulcanismo o afectación de tornados). Y por las particularidades de la ciudad de Neuquén, una aglomeración ubicada en la confluencia de dos grandes ríos y enclavada en el borde de una meseta, hemos sumado a nuestro catálogo dos indicadores: población afectada por riesgo de inundación y la que se asocia al frente de barda (Pérez, 2010).

Tabla 2. Dimensiones y variables de la Calidad de Vida (ponderaciones)

Dimensión	Indicador	Peso parcial (%)	Peso Total (%)
<i>Educación</i>	• % de jefes de hogar que no alcanzaron a concluir los estudios primarios	15	30
	• % de jefes de hogar que completaron su paso por la educación superior	15	
<i>Salud</i>	• % Hogares con agua fuera de la vivienda	10	10
<i>Vivienda</i>	• % de la población que reside en viviendas que carecen de inodoro de uso exclusivo	15	30
	• % de hogares que presentan más de dos personas por cuarto	15	
<i>Actividad</i>	• % de PEA desocupada	20	20
<i>Ambiental</i>	• % población afectada por riesgo de inundación	5	10
	• % población afectada por riesgo asociado al frente de barda	5	
Totales			100

Fuente: elaboración propia

Para alcanzar nuestro objetivo de apreciar la calidad de vida en la ciudad de Neuquén, debemos condensar en un índice sintético la información para cada una de las variables seleccionadas. Con ese propósito, primero resulta esencial proceder a una estandarización de las variables que dé como resultado un conjunto de puntuaciones en las diferentes unidades espaciales de media 0 y desviación estándar 1. Luego, se debe asignar un peso a cada variable con relación a las demás o, lo que

es igual, es preciso dotarla de un coeficiente de ponderación, que en este caso sería de características múltiples (Leva, 2005:72). En el presente estudio, y a los fines de ganar en comparabilidad, tomaremos en consideración la abundante literatura disponible que ha abordado la contribución relativa de cada variable a la calidad general de vida (Mesaros y Velázquez, 2015). En términos concreto, haremos propia una fórmula que asigna un 90% del peso explicativo a las variables que incluimos en la dimensión socio-económica y el 10% restante a la dimensión ambiental, aunque al interior de las mismas la distribución entre los indicadores no sea precisamente igualitaria. En la Tabla 2 se muestra cuáles fueron las ponderaciones utilizadas para construir los índices, expresadas en porcentajes. Finalmente, el índice de calidad de vida (ICV) deriva de la sumatoria de los valores índice de cada variable, ponderados de acuerdo al peso relativo estipulado. El resultado final del procedimiento es un valor teórico que oscila en un rango comprendido entre 0 (baja calidad de vida) y 100 (alta calidad de vida), ya sea para cada uno de los radios censales como para el conjunto de la ciudad.

EL ESCENARIO: NEUQUÉN EN LOS 2000

Antes de sumergirnos en las especificidades de la década pasada, conviene retroceder en el tiempo a fin de visualizar la génesis de una estrategia de crecimiento cuya huella aun resultaba visible en el periodo que nos interesa. Al respecto, podríamos decir que, a partir de los noventa, la provincia de Neuquén experimentó una transición desde una economía desarrollada bajo un modelo de capitalismo de Estado, en el que la explotación de los recursos naturales estuvo en manos de empresas públicas, hacia un modelo al que podríamos ubicar en el cuadrante del neoliberalismo. Resultado de este proceso, condicionado en gran medida por la

reorientación de carácter privatista y desregulatorio del Estado Nacional, la economía neuquina profundizó su dependencia en relación a la extracción de hidrocarburos. Como bien señalaron Domeett, Kopprio y Landriscini, fue recién “a fines de la década del 80 e inicios del 90 cuando comienza a estructurarse la economía primario dependiente tal como se la conoce en la actualidad, signada por la finalización de las grandes obras hidroeléctricas y la mayor producción hidrocarburífera ocasionada por la desregulación del sector en los años 1991/1993” (2008).

La revisión de algunos indicadores básicos de desempeño es suficiente para confirmar el “giro extractivista” que experimentó por la economía neuquina hacia comienzos de los noventa. Por aquellos años, la explotación de petróleo y gas se convirtió en el rubro que mayor aportación hizo a la formación del Producto Bruto Geográfico (PBG): entre los años 1993 y 2006, la participación de aquel sector en el total perforó la barrera del 50%, duplicando el promedio de la década anterior y alcanzando su máximo histórico en 1998 (una proporción cercana al 70%). Al mismo tiempo, el dinamismo de la producción de hidrocarburos permite explicar por qué la economía neuquina tuvo una *performance* muy superior a la que había registrada en los ochenta: la tasa de crecimiento del quinquenio 1990-1995 fue un 50% más alta que la registrada en el periodo 1980-1985 y prácticamente triplicó a la correspondiente al quinquenio 1985-1990. Este vuelco, que permitió incrementar el aporte de la cuenca neuquina en el conjunto nacional, reforzó esa imagen que tenía a Neuquén como una provincia petrolera, una especie de emirato enclavado en el corazón de la Patagonia.

Esta brusca aceleración del crecimiento no debería hacernos perder de vista dos elementos que no hicieron más que intensificarse a lo largo de los noventa: si, por un

lado, la economía neuquina fue objeto de un severo proceso de concentración; por el otro, notamos el reforzamiento de una lógica “insular” de funcionamiento.

El siguiente hito en esta labor de contextualización debería ser ubicado en 2002, cuando se dibujaron a nivel nacional los trazos más gruesos de un nuevo régimen de acumulación. Luego del derrumbe de 2001 y de la traumática salida al régimen de convertibilidad, la recuperación de las capacidades estatales de regulación permitió explotar las potencialidades de la crisis, haciendo posible que los recursos ociosos disponibles favorecieran la recuperación de la producción y el empleo en la medida en que se expandiera la demanda y se reordenara la economía. En la misma sintonía, la devaluación de la moneda operó como uno de los mecanismos para enfrentar una crisis del sector externo y recuperar flujos de divisas, lo cual permitió que la caída de las importaciones frente al aumento de las exportaciones generara un superávit de la balanza comercial de 60 mil millones de dólares entre los años 2002 y 2007 (Ferrer, 2015). A esto debemos sumar una recuperación en la recaudación impositiva y el financiamiento del gasto público, con lo que en 2004 se alcanzó un superávit primario consolidado cercano al 6% del PBI. Todo ello permitió que la economía argentina experimentara un crecimiento sostenido: entre 2003 y 2007, el tamaño de la economía argentina aumentó un 50%, dejando atrás un periodo recesivo que había comenzado en 1998, pero cuyos momentos más dramáticos se habían vivido hacia fines de 2001.

Como es de imaginar, esta parábola de crecimiento afectó a la provincia, aunque lo hizo con menor intensidad que la media nacional. La paulatina ralentización de la actividad extractiva es un elemento fundamental importancia a la hora de entender la brecha existente entre ambas escalas de análisis. Los datos oficiales disponibles no dejan dudas al respecto: entre 2001 y 2010, el PBI nacional creció de un modo

formidable; mientras que el PBG neuquino solo lo hizo un 5,4%. En ese desempeño pesó la trayectoria negativa seguida por sector hidrocarburífero que, en menos de diez años, mostró un retroceso en materia de producción superior al 20%. La consecuencia necesaria de esta caída libre fue el menor aporte del sector energético en la generación del PBG: si, hacia finales de los noventa, este último, con una participación del 70%, alcanzó su máximo histórico; en 2007, esa proporción había retrocedido hasta ubicarse en el rango del 50%. De ahí que, pese a que en términos macroeconómicos pueda destacarse un cambio de orientación, no observamos un viraje significativo en materia energética. El paquete de medidas que el Estado nacional aplicó en esta última asignatura, desde la implementación de retenciones hasta la creación de una fallida empresa petrolera estatal, no generó un verdadero cambio de rumbo dado que, “al no apuntar a revertir la lógica de maximización de beneficios que guía a los inversores privados en la toma de decisiones, mantuvo las características básicas del funcionamiento del sector” (Giuliani, 2013: 56).

De todos modos, y más allá de la sustantiva caída de los volúmenes de petróleo y gas producidos, el grueso de los sectores que dieron vida a la economía neuquina mostró cierto dinamismo. De acuerdo a cifras oficiales, doce de los quince rubros que conformaban el PBG provincial exhibieron tasas positivas y algunos de ellos, como la construcción y el comercio, experimentaron un auténtico *boom* (Dirección Provincial de Estadística y Censo, 2010). Para comprender en toda su dimensión una disparidad que *a priori* puede parecer contradictoria, debemos echar un vistazo al comportamiento del PBG en términos nominales. A partir de 2002, por efecto del aumento en el precio del petróleo y de un tipo de cambio competitivo, este último tuvo una notable expansión, que contrastó con el relativo estancamiento de la

producción real: en el primer año de la post-convertibilidad, el PBG real de la provincia retrocedió siete puntos porcentuales, pero en términos nominales creció un significativo 71,1% (Preiss y Landriscini, 2011: 7). Cifras como estas nos avisan que, aun en un contexto de menor producción, la renta hidrocarburífera puede aumentar de forma significativa su tamaño. Después de todo, como bien han señalado Noya y Díaz, “las empresas petroleras, a diferencia de las nuevas empresas innovadoras, siguen siendo organizaciones jerarquizadas, cuya arma competitiva prioritaria son los precios” (2010: 5).

Fue precisamente este incremento de la renta hidrocarburífera, aún en un escenario de rendimientos decrecientes, el factor que permitió a la economía neuquina transitar por la senda del crecimiento. A pesar de que una porción de los ingresos generados por el sector energético fueron apropiados por un puñado de empresas multinacionales y por el Estado nacional a través de las regalías, el fuerte aumento en los ingresos nominales del sector actuó como un dinamizador de la economía provincial. Después de todo, y haciendo propias las palabras de Preiss y Landriscini, “dado que las ganancias de las empresas locales, los ingresos de la población ocupada y el nivel de recaudación del estado provincial no sólo se derivan de la evolución de la producción de bienes y servicios como quantum físico, sino fundamentalmente del valor monetario de la misma, el efecto derrame del aumento en los ingresos petrolíferos contribuyó así a aumentar la demanda agregada provincial” (2011: 7).

Así, el funcionamiento en forma de enclave no fue obstáculo para que parte de la renta petrolera fluyera hacia sectores cuya capacidad de dinamizar la economía era mucho más relevante que el de las actividades extractivas. El más importante de ellos fue, sin duda, el Estado provincial: sus mayores ingresos se volcaron a la economía

mediante el consumo de bienes y servicios, pero también -y fundamentalmente- a través del crecimiento del empleo público y/o actualización salarial. El hecho que la inversión pública se haya convertido en la locomotora de la economía provincia queda a la vista apelando a un dato: entre 2002 y 2013, su aporte en la conformación del PBG pasó de su mínimo histórico de 13% a representar un cuarto del mismo. Al actuar de forma contra-cíclica, el Estado provincial favoreció la recuperación de las actividades económicas de la zona. Entre 2004 y 2013, la construcción y los servicios crecieron a tasas superiores al promedio provincial. Al interior de este último, el peso de las actividades de intermediación dio a la economía provincial una impronta que se vinculaba irremediamente al sector terciario: en el periodo 1993-2001, aquellas habían representado, en promedio, menos de un sexto de la economía; mientras que, en tiempos de la post-convertibilidad, esa proporción alcanzó el 23% del PGB (FAO, 2015).

No muy diferente fue la trayectoria seguida por la ciudad de Neuquén. Durante el periodo que nos ocupa, resultado del menor dinamismo económico de la provincia, los incrementos en el nivel y la tasa de empleo para el Aglomerado Neuquén-Plottier fueron menores que los registrados para el conjunto del país: entre 2004 y 2008, la tasa de crecimiento del empleo fue de un 3,6%, un tercio menos que la registrada a nivel nacional. De todos modos, como la población económicamente activa creció un 2,5% vemos un proceso de reabsorción de los desocupados que la “gran transformación neoliberal” había dejado a su paso: en la década que nos interesa la desocupación bajó un 62%. Si bien esta tendencia comenzó a revertirse hacia fines de la década pasada merced el impacto de la crisis mundial en la economía argentina,

esa “epidemia del desempleo” que había caracterizado a los noventa se convirtió en un lejano recuerdo del pasado.

Este “torbellino del empleo”, en compañía de la re-regulación de las relaciones entre capital y trabajo a nivel nacional (Kessler, 2015), permitieron que quienes estuvieran formalmente empleados registraran, a partir de 2003, un notable incremento salarial. Tales aumentos compensaron con creces la pérdida de poder adquisitivo que se produjo como consecuencia de la devaluación del peso en 2002 y el proceso inflacionario que la misma desató. Claro que ese incremento del salario real no afectó a todos los trabajadores por igual. Por el contrario, los ajustes en las remuneraciones fueron diferentes según el tipo de actividad: si los trabajadores vinculados a la producción de bienes manufacturados y a los servicios sociales, comunitarios y personales fueron los que menos incrementaron sus salarios en el período 2003-2009, quienes se emplearon en el sector inmobiliario presentaron incrementos muy superiores al promedio. Pese a estas inoculables brechas salariales, el sostenido avance del empleo formal cubrió con su manto al conjunto de los sectores que daban vida a la economía de la capital neuquina.

Una buena cantidad de trabajos, entre los cuales podemos destacar el clásico estudio de Miguel Murmis y Silvio Felman (1992), ha señalado la elevada correlación que existe entre desocupación, precariedad laboral y pobreza. Si en los noventa la retirada del Estado había implicado acelerado avance de la pobreza por ingresos, en la década pasada, en un escenario signado por el crecimiento económico y una recuperación de la capacidad regulatoria oficial, no es de extrañar que los hogares pobres hayan mostrado señales de retroceso: en 2002, justo después del derrumbe de la economía argentina, la proporción de familias que se encontraban por debajo de la línea de pobreza alcanzaba el 40%; mientras que, en 2013, ese porcentaje solo

involucraba al 5% de los hogares (FAO, 2015). Pero si usáramos como base de la medición a 2004, cuando lo peor de la crisis había quedado atrás, el desempeño de la ciudad en esta materia no deja de llamar la atención: entre aquella fecha y 2013, la pobreza coyuntural experimentó una caída del orden del 85%. Esta tendencia a la baja permitió una mejora en la distribución del ingreso, aunque -como ya dijimos- no alteró de manera significativa las grandes brechas de ingresos en las categorías de los ocupados. Como recientemente ha notado un informe técnico encargado por la Organización de las Naciones Unidas, puede que esta persistencia “se vincule a que, más allá de los cambios operados en el régimen económico, la estructura sectorial del empleo no se modificó de forma significativa” (FAO, 2015: 38).

La consecuencia necesaria de la creación de empleo, de la formalización del trabajo y del descenso de la pobreza fue la disminución la desigualdad social. Basta revisar los datos suministrados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) para dar cuenta de un panorama que, aunque más igualitario, no dejaba de tener una fuerte dosis de regresividad. En 2004, el decil de menores recursos se apropiaba del 1,4% del ingreso total, mientras que el último se quedaba con el 29,4% (Costanzo Caso y Landriscini, 2012: 10). Siete años después, el 10% más pobre de la población se hacía del 1,9% de los ingresos y el más rico una proporción apenas superior al 27%. En el mismo periodo, la brecha de ingresos entre las puntas de la distribución se redujo un 28%. Y esto, como no podía ser de otra forma, repercutió en coeficiente de Gini, parámetro por excelencia para medir la desigualdad social: si, en 2002, había alcanzado, con un significativo 0,46, su punto más alto en la historia reciente de la ciudad (Domeett y Kopprío, 2007: 15), nueve años después orillaba 0,43 (La Mañana de Neuquén, 2012).

Llegados a este punto, algunas preguntas se vuelven obligatorias: ¿Cómo se reflejaron estas transformaciones económicas en la calidad de vida de los habitantes de Neuquén?, ¿Existió algún tipo de correlación entre la evolución de la calidad de vida y la reducción de la desigualdad social? Los mejores indicadores económicos y sociales registrados en la pasada: ¿lograron revertir ese cuadro de severa fragmentación urbana que había dejado como saldo “la gran transformación neoliberal”?

LA CALIDAD DE VIDA EN UNA CIUDAD INTERMEDIA: SU EVOLUCIÓN EN UNA FASE DE CRECIMIENTO ECONÓMICO

Para dar respuesta a tales interrogantes examinemos el desempeño de la ciudad de Neuquén en materia de calidad de vida. Al respecto, solo basta echar un vistazo a la Tabla 3 para darnos cuenta de la huella dejada por el nuevo modelo de acumulación en los niveles de bienestar. Entre 2001 y 2010, el ICV experimentó un aumento del orden del 3%: en solo diez años, ese indicador transitó de una cifra cercana 68 a otra apenas superior a 70. Tal incremento se explica, en buena medida, por el ascenso de indicadores ligados a las dimensiones educativa (% de la población con nivel de instrucción bajo y % de la población con nivel de instrucción alto), sanitaria (% de hogares con dificultades en el suministro de agua), vivienda (% de hogares que residen en viviendas con baño exclusivo). Pero es el despegue de la variable ligada al empleo aquel que nos permite comprender el comportamiento positivo del ICV en el periodo que nos interesa: en solo diez años experimentó una suba cercana al 20%. Como era de esperar, las variables más relacionadas con lo medioambiental mostraron un comportamiento mucho más estable en tiempo, sufriendo leves

modificaciones en función de la creación de nuevos radios censales y de la densificación de los existentes. Por último, no podemos dejar de mencionar una contrafuerza, en el sentido que lo plantea Kessler (2014: 18), que neutralizó buena parte de los avances registrados en materia de calidad de vida: el hacinamiento. Que el porcentaje correspondiente a hogares con más de dos de sus integrantes por cuarto nos avisa cuán grave se había vuelto el problema habitacional hacia comienzos del siglo XX, situación que, como veremos más adelante, se agudizaba en el caso de Neuquén por su carácter de receptora de población en su carácter de plaza petrolera, así como por el retiro absoluto de los Estados nacional y provincial en la materia.

Tabla 3. Dimensiones e indicadores que componen el Índice de Calidad de Vida. Neuquén, 2001-2010.

Dimensión	Indicador	Año	
		2001	2010
Educación	% Nivel de Instrucción Bajo	0,69	0,70
	% Nivel de Instrucción Alto	0,23	0,24
Actividad	% Desocupación	0,56	0,67
Salud	% Hogares con agua fuera de la vivienda	0,92	0,94
Vivienda	% más de 2 personas por cuarto	0,89	0,74
	% Hogares con baño exclusivo	0,83	0,83
Ambiental	Riesgo Frente de Barda	0,85	0,88
	Riesgo de Inundación	0,98	0,98
ICV Global		0,68	0,70
Coefficiente de Variación		0,19	0,20

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Claro que este comportamiento del ICV en la ciudad de Neuquén nos dice poco si no lo comparamos con lo sucedido en otros escenarios urbanos de la Argentina. Tomando como referencia un estudio en el que Velázquez (2008: 432) explora los vínculos entre calidad de vida y tamaño de la aglomeración, podemos afirmar que la capital neuquina estuvo levemente por encima de la media de las urbes de tamaño intermedio, tanto para el Censo Nacional de 2001 como para el que corresponde a 2010. Estos guarismos, aunque deban ser tomados con extrema cautela, nos hablan de la inercia de las políticas de bienestar aplicadas en la provincia de Neuquén en las décadas de 1970 y 1980, así como del dinamismo del mercado de trabajo en función de la demanda de empleo proveniente del Estado provincial y, en menor medida, del sector extractivo. Un panorama muy diferente emerge si, en lugar de trabajar sobre medias, nos detenemos en algunos casos puntuales. Lucero (2015), en un trabajo que contiene una riqueza empírica excepcional, coloca a Neuquén al interior del selecto grupo de ciudades que, entre 2003 y 2013, exhibía una elevada calidad de vida. Dentro de este conjunto de urbes, que incluía a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Santa Rosa-Toay, La Plata y Ushuaia-Río Grande, la calidad de vida neuquina mostró un comportamiento particularmente dinámico que le permitió, en solo diez años, abandonar la cohorte de aglomerados que presentaba valores intermedios. Más allá que se haya basado en la Encuesta Permanente de Hogares y que haya utilizado otro set de indicadores, el trabajo de Lucero nos brinda valiosas pistas alrededor de la situación relativa de Neuquén al interior del panorama urbano argentino de la última década.

Si posamos nuestra mirada en el conjunto de urbes que, por comodidad, llamamos grandes ciudades, las diferencias se multiplican sin remedio. En un trabajo reciente,

Velázquez y Linares (2014) nos proporcionan valiosos elementos para dar cuenta de estas brechas de bienestar. En este sentido, basta con decir que, pese al crecimiento económico experimentado por la Argentina en la última década, los departamentos que contenían ciudades mayores a un millón de habitantes mostraron una tendencia a la baja: si en, en 2001, exhibían un ICV cercano a 70, diez años después ese indicador retrocedió hasta ubicarse en el rango de 66. Para comprender esta tendencia contrapuesta a la registrada en Neuquén, resulta de enorme utilidad la argumentación propuesta por los referidos autores. Desde su perspectiva, “el tamaño de la aglomeración tiene inicialmente efectos positivos al establecer un umbral de mercado que hace posible la aparición de nuevos paquetes de funciones urbanas”, pero cuando esa línea es alcanzada es probable que aparezcan los “problemas típicos de las deseconomías (incremento de los valores inmobiliarios, costo prohibitivo para el suministro de los bienes esenciales como el agua potable, o el costo y el tiempo de transporte) y externalidades negativas (violencia urbana y problemas ambientales)” (Velázquez y Linares, 2014: 62). En pocas palabras, y simplificando la cuestión al extremo, la relación entre tamaño y funciones urbanas no es lineal, sino una curva logística.

Comprobada la primera hipótesis que barajamos, aquella vinculada con ascenso de la de la calidad de vida de la población, resta ahora saber a ciencia cierta si el ciclo de crecimiento inaugurado en 2003 logró revertir el cuadro de fragmentación de la estructura espacial neuquina que detectamos para la década de 1990 (Perren y Lamfe, 2017). Una buena forma de acceder a este fenómeno es a partir del cálculo del coeficiente de variación que expresa la desviación estándar como porcentaje de la media aritmética. La principal ventaja de este indicador es su fácil lectura; una que

groseramente podría sintetizarse de la siguiente manera: a mayor valor del coeficiente de variación mayor sería la heterogeneidad de los valores de la variable; mientras que un menor coeficiente de variación marcaría una mayor homogeneidad en los valores de la misma variable. En caso de aplicar este coeficiente para la calidad de vida a nivel de radio censal veríamos una clara continuidad: en los diez años que ocupa nuestra investigación, el coeficiente de variación tuvo un incremento del orden del 5%, transitando de 0,19 a 0,20 (Tabla 3). Aunque marginal, este aumento nos pone frente a una situación de “heterogeneidad estructural”, usando las palabras de Salvia (2012), que pareciera entender poco de ciclos económicos: el ciclo de crecimiento económico inaugurado en 2003, aunque redundó en un mayor bienestar para la población, no logró modificar la brecha existente entre las distintas unidades espaciales que conformaban la ciudad.

Aunque relevantes en el estudio de la calidad de vida, las medidas resumen, como el ICV global o el Coeficiente de Variación, presentan un inocultable problema: con su concurso podemos saber a ciencia cierta la performance de la ciudad en materia de bienestar, pero nos resulta imposible conocer aquellas áreas que mostraron un mayor o peor desempeño en tal rubro. De ahí la importancia de representar cartográficamente el valor del ICV de cada uno de los radios que dieron vida a la ciudad de Neuquén en el periodo que nos ocupa: si para 2001 estamos hablando de un total de 223; diez años después esa cantidad se había deslizado hasta 277. Realizar un estudio “al ras del suelo” nos va a permitir visualizar con enorme exactitud cuáles fueron las áreas perjudicadas y beneficiadas por el nuevo régimen de acumulación que se inauguró en 2003, pero también nos brindará pistas alrededor de cuan agrupadas estaban las unidades espaciales de idéntico perfil; elemento clave para saber si estamos frente a un proceso de segregación a gran escala o bien si la

estructuración de la ciudad a través de enclaves. Con todo, antes de confeccionar un mapa de la calidad de vida, debemos primero construir intervalos iguales que vuelvan comparables los resultados obtenidos. En el presente trabajo, y retomando los consejos de Gómez y Velázquez (2014: 179), hemos empleado cuatro intervalos mediante el establecimiento de cuartiles, abarcando situaciones que oscilan puntuaciones muy bajas (desde el valor mínimo hasta primer cuartil) y muy altas (desde el tercer cuartil hasta el valor máximo). Entre ambos extremos, hemos incorporado dos intervalos: puntajes medio-bajos (entre el primer y el segundo cuartil) y medio-altos (entre el segundo y el tercer cuartil).

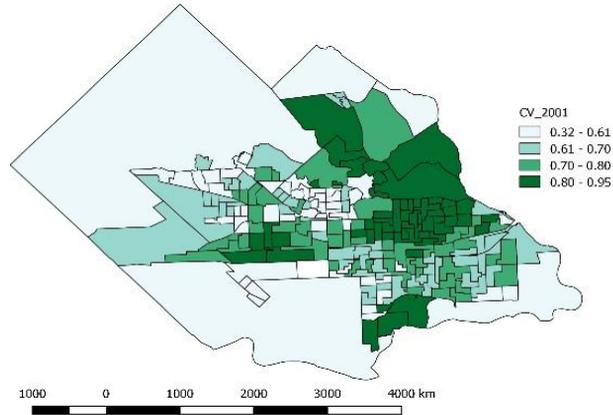
Un análisis visual de la cartografía nos permite detectar una línea de continuidad entre 2001 y 2010: las áreas más oscuras ocupaban una importante superficie que, a grandes rasgos, coincide con el “centro expandido” de la ciudad; es decir, aquel espacio conformado por el damero original y diferentes barrios residenciales que, en virtud del creciente precio de la propiedad inmobiliaria en el área comercial y administrativa, se construyeron en un radio comprendido entre quince y treinta cuadras del centro geográfico de la ciudad (Perren, 2010). Al igual que otras ciudades latinoamericanas, los grupos sociales de situación socioeconómica más favorable evidenciaban a simple vista una clara segregación a “gran escala”. O, en términos más sencillos, los sectores más encumbrados residían en un área específica de la ciudad, cuyos límites se confundían con lo que en otro trabajo denominamos “continente de la riqueza” (Perren, 2011). Junto a este elemento, que ya era distinguible en los ochenta y en los noventa, resulta evidente un aspecto que no va a hacer más que ganar fuerza conforme nos aproximamos al presente: una expansión de las pautas residenciales de las clases más favorecidas que se extiende de forma lineal, siguiendo

las direcciones de tres vías de comunicación fundamentales (la calle San Martín hacia el oeste, la avenida Olascoaga hacia el sur y la ruta provincial n° 7 hacia el norte). En los tres casos distinguimos con claridad aquello que Ford, en su intento de modelar la estructura de las ciudades latinoamericanas, llamó *spine* o, lo que es igual, una estrecha área en la que sobresalía la actividad comercial y alrededor de la cual quedaba delimitado un sector residencial de elite que se desplegaba en dirección a la periferia. Por último, resulta evidente un proceso de densificación de los distritos denominados “Jardines del Rey” y “Comahue Golf Club”. Ambos enclaves, uno localizado en el borde meridional y el otro en el confín occidental de la ciudad, reunían una característica cada vez más valorada: su indiscutido atractivo paisajístico, ya sea debido a su cercanía a la zona ribereña o bien por presentarse como una suerte de oasis verde en el corazón de un área dedicada a la fruticultura (Figuras 2 y 3).

Esta continuidad en la distribución espacial de las unidades espaciales que mostraban un ICV elevado no debería hacernos perder de vista el incremento de los niveles de bienestar de ese cuadrante de la ciudad que denominamos “continente de la riqueza”. Este despegue, fácilmente distinguible en la evolución del rango de valores que corresponde al primer cuartil, nos permite entender “por arriba” el incremento de la brecha en la calidad de vida entre las unidades espaciales estudiadas, pero también nos brinda algunas pistas sobre el proceso de homogeneización social que afectaba a ese agrupamiento de radios censales apiñado alrededor del centro de la ciudad. En el plano explicativo, esta suerte de elitización fue resultado de tres factores cuya separación solo responde a criterios analíticos. El primero de ellos se vincula a causas económicas ligadas a la salida del régimen de convertibilidad. La devaluación de la moneda, que multiplicó la rentabilidad de los tenedores de dólares,

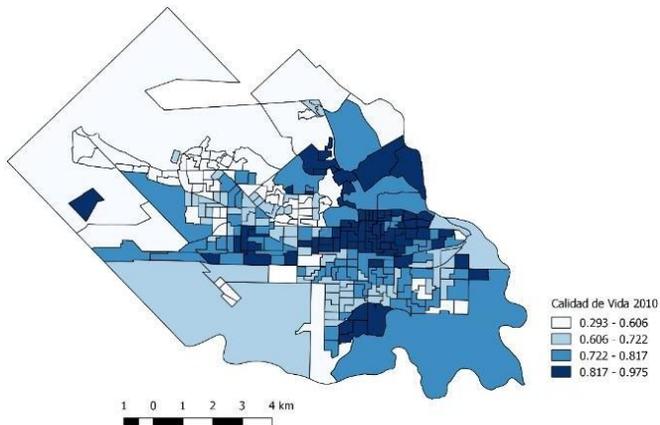
sumado a un atraso de la oferta habitacional resultado de una virtual abandono de la acción pública en esa asignatura, no hizo más que incrementar el volumen de operaciones inmobiliarias, estimulando especialmente la construcción el altura: durante la segunda mitad de la década de 2000 se tramitaron 122 proyectos, un tercio de los cuales correspondió a 2010, año que marca el inicio de un proceso de amesetamiento (Rio Negro, 27/12/2010). Esta densificación del centro fue alentada desde el estado municipal, constituyendo un segundo elemento a tomar en consideración. A lo largo de las dos últimas décadas fueron desapareciendo los diques normativos que impedían el desarrollo de torres en las áreas residenciales localizadas al norte del distrito central. Por último, debemos señalar la emergencia de un *nuevo buen vivir* cuyos límites fueron modelados por dos actores de enorme importancia en la producción del espacio urbano: las empresas constructoras y las inmobiliarias. Los mensajes publicitarios no solo estuvieron orientados a atraer inversiones a un nicho que demostraba capacidad de generar lucro sin resignar seguridad, sino que además comenzaron a apuntar a la pertenencia de su dueño a un determinado sector social; uno que va a sentirse seducido frente a una imagen en la que se articulan los beneficios de dos mundos *a priori* irreconciliables: el *country* y la ciudad.

Figura 2. Índice de Calidad de Vida a escala de radio censal. Neuquén, 2001.



Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Figura 3. Índice de Calidad de Vida a escala de radio censal. Neuquén, 2010.



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Analicemos ahora lo sucedido en la parte inferior de la clasificación. Las unidades espaciales que presentaban un bajo ICV poseían una disposición en forma de enclaves que, en la década estudiada, no hicieron más que aumentar en número y población. Si, en 1997, la capital provincial albergaba un total de 21 “asentamientos ilegales” que reunían una población aproximada de quince mil habitantes; dieciséis años más tarde, pasó a tener 45 “villas de emergencia”, algunas regularizadas y otras en una situación de incertidumbre, en las cuales residían más de veinte mil personas (TECHO, 2013: 15). Entre ellas, podemos mencionar algunas que se desarrollaron en los setenta y ochenta (Villa Ceferino e Islas Malvinas, en el “cercano” oeste de la ciudad), pero también que irrumpieron durante la “gran transformación” de los noventa y que, durante la década estudiada, incrementaron su dimensión y lejanía en relación al centro de la ciudad. Esto último es especialmente válido para ese apiñado agrupamiento de radios censales que se abrió paso en sentido a la periferia, en el confín noroccidental del trazado urbano.

Este *cluster*, además de contar con persistentes problemas en materia educativa, sanitaria y habitacional, presentaba más que evidentes riesgos ambientales. Por tratarse de espacios en continuo proceso de ocupación, no es de extrañar que los recién llegados se hayan ubicado en áreas caracterizadas por escarpes abruptos y oblicuos. En una entrevista realizada por un diario regional, el propio presidente de la Comisión Vecinal de “Esfuerzo” señalaba que “la mayoría de las nuevas familias se instalan en zonas que están libres dentro de las tomas que ya existen, pero que están libres porque no son aptas para vivir, ya sea porque son cañadones, pozones o incluso porque están debajo de una línea de alta tensión” (Rio Negro, 26/12/2010). En el mismo sentido, pero en un tono más académico, Germán Pérez, investigador

del Departamento de Geografía de la Universidad Nacional del Comahue, describió el peligro que implicaba el asentamiento humano en esta estrecha franja de la ciudad, pues “sus fuertes pendientes actúan como vertientes de agua de lluvia hacia el colector principal otorgándole una mayor energía potencial, energía disponible para la movilización y transporte, a mayor o menor distancia, del material detrítico” (2011).

Un segundo riesgo ambiental al que estaban sometidos algunos de los asentamientos que daban forma al agrupamiento suponía una auténtica novedad. El desarrollo de actividades extractivas dentro de los límites del ejido urbano neuquino, en compañía de la expansión de la mancha urbana, expuso a la población que habitaba en los asentamientos a una nueva amenaza. Después de todo, “cerca de 1700 personas convivían con el único yacimiento que en la provincia de Neuquén se encuentra en medio de una ciudad”, configurando un paisaje en el que sobresalían “construcciones muy precarias, hornos de ladrillos y pozos petroleros” (Rio Negro, 30/7/2011). Pese a la firma en 2010 de un convenio entre el Municipio y la empresa encargada de la explotación de los recursos a fin de relocalizar las piletas de oxidación, dos años después de la rúbrica del acuerdo las labores de remediación no sólo no se habían realizado, sino que además los hidrocarburos estaban “en contacto con el suelo porque se había roto la membrana que hace de aislación”, tal como rezaba la denuncia realizada por un concejal de la ciudad (Rio Negro, 28/02/2012). En resumidas cuentas, estamos frente a espacios de relegación asistían simultáneamente a “una negación de infraestructura adecuada y la rutinaria ausencia de protección contra los riesgos y peligros ambientales”, usando palabras empleadas por Auyero y Burbano (2012) para referirse al caso del Gran Buenos Aires.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Luego de este recorrido por una porción de la historia urbana neuquina: ¿Qué reflexiones podemos hilvanar en relación a la calidad de vida en una ciudad de las características de Neuquén?

En primer lugar, no podemos dejar de mencionar el hecho que, durante el periodo analizado, se produjo una elevación en los niveles de bienestar de la población, aunque la misma no siguió la misma parábola del crecimiento económico; brecha que logramos explicar a partir del importante incremento registrado en los niveles de hacinamiento de la población. Si en este aspecto hallamos una ruptura en relación a los noventa, en materia de fragmentación no podemos dejar de señalar una continuidad. Al mismo tiempo que el ICV aumentaba para el total de la ciudad, se incrementó levemente la dispersión de los valores presentados por los radios censales que conformaban la ciudad. Para explicar ese panorama de “heterogeneidad estructural”, que pareciera entender poco de ciclos económicos, es de fundamental importancia tomar en consideración el despegue en la calidad de vida de los radios céntricos de la ciudad. Las implicancias de este razonamiento no dejan de ser interesantes: aunque la calidad de vida en las unidades espaciales periféricas tendió a aumentar en la fase de la post-convertibilidad, lo hizo a menor ritmo que las centrales y eso nos ayuda a entender la perdurabilidad de la estructura espacial neuquina.

Este descubrimiento permite introducir a la capital provincial dentro de discusiones de amplio alcance espacial, sobre todo aquellas focalizadas en el impacto de la valorización inmobiliaria en la fisonomía de las ciudades. Después de todo, ese mercado de la vivienda que volvió legítimo un determinado modo de vivir, sumado a

la reactivación económica y a la desaparición de los obstáculos que impedían el crecimiento en altura, dejó su huella en lo que al precio del suelo urbano se refiere, especialmente en aquel cuadrante de la ciudad en el que se edificaron el grueso de las torres-*countries*: entre 2005 y 2010, el valor promedio del metro cuadrado un departamento de dos dormitorios en la zona céntrica casi se duplicó. Al mismo tiempo, la necesidad de los propietarios de hacerse de una renta que guardase relación con la inversión realizada, sumada a la virtual ausencia de una política crediticia que multiplicase el acceso de la población a la vivienda, hizo que los valores de los alquileres siguieran una parábola ascendente: el valor de arrendamiento de un departamento de dos ambientes en la zona céntrica aumentó, en promedio, un 30% en 2007 y un 20% en 2008 (Aguirre, 22/08/2010: 2). Frente a incrementos de esta envergadura, no es de extrañar que se haya producido un desplazamiento “por goteo” por parte de la población de menores ingresos, trazando las líneas maestras de lo que Slater llamó “gentrificación de nueva planta” (2009: 219): no sería una forma de rehabilitación de viviendas localizada en áreas centrales, como aquella que Glass señaló en sus pioneros trabajos sobre Londres, sino “la construcción de nueva edificación sobre suelos que habían sido desarrollados previamente” (Smith, 1982, p. 139).

Una segunda conclusión podría pensarse como un desprendimiento de la anterior. El aumento sostenido del valor de la tierra, que explica el recrudescimiento de las situaciones de co-habitación, nos ayuda entender el reforzamiento de un “polo espacial marginal”, parafraseando a Kessler, que incrementó su tamaño a lo largo del periodo estudiado: ese puñado de unidades espaciales que apenas cobraba forma en 2001, se convirtió en un *cluster* de auténtica envergadura que avanzó de forma arrolladora sobre suelos de uso frutícola y extractivo. Y es precisamente ese re-

escalamiento de la segregación lo que nos permite avizorar un panorama de recrudescimiento de su malignidad. Después de todo, tal como alguna vez señaló Sabatini, “cuanto mayor es el tamaño de las áreas homogéneas en pobreza, los problemas urbanos y sociales para sus residentes se agravan” (2001: 7). La desigual geografía de las oportunidades, la ampliación del efecto “vecindario”, la exposición a riesgos ambientales y la creciente distancia en relación a las ofertas laborales configuraron un “cerrojo espacial” (Goldsmith y Blakely, 1992) que ha alimentado un proceso de fragmentación que, aunque distinguible desde los noventa, cobró ímpetu en la década pasada.

Junto a estos aportes empíricos debemos marcar cuan incipiente es aun la construcción de un índice de calidad de vida que permita atrapar la dinámica urbana en toda su magnitud. Alrededor de esta cuestión podemos señalar dos polos entre los cuales se ha deslizado la producción especializada. Por un lado, son muchos los estudios que han hecho propia las dimensiones y ponderaciones propuestas por los autores clásicos en la materia; mientras que, por el otro, tenemos trabajos que, haciéndose fuertes en el estudio de las especificidades locales, han propuesto índices de calidad de vida que sobresalen por la cantidad de dimensiones incorporadas, desde las tradicionales (socio-demográficas y ambientales) hasta otras ligadas al capital social y la participación política. Tratando de recorrer un camino intermedio, en este artículo, usamos una plantilla de probada eficacia, aún a riesgo de perder capacidad de descubrir matices, al tiempo de incorporar algunas alteraciones como resultado de su aplicación a unidades espaciales intra-urbanas. Entre ellas, es justo mencionar el agregado de variables ambientales que eran propias del escenario analizado y una mayor ponderación de aquellos indicadores sensibles a la pobreza de

ingresos como una forma de aproximarnos al mercado laboral. Calibrar estas herramientas de medición requerirá a futuro la reciente colaboración entre científicos sociales no solo en la construcción de nuevos indicadores que, sin renunciar a la complejidad, permitan explorar distintos casos, sino también para aprovechar la potencialidad que albergan los estudios comparativos, tanto entre ciudades intermedias como entre ellas y las áreas metropolitanas de la región.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, R. (2010). Propiedades y alquileres bajan un cambio. *Diario La Mañana Neuquén*, 22 de agosto, 2-3

AUYERO J., BURBANO de LARA, A. (2015). Peligro en los márgenes urbanos. *Estudios del ISHiR*, 11, 53-81.

BOHOSLAVSKY, E. (2008). *La Patagonia (de la guerra de Malvinas al final de la familia ypefiana)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional / Universidad Nacional de General Sarmiento

BOLSI, A., Paolasso, P. (2009). *Geografía de la pobreza en el Norte Grande Argentino*. PNDU/UNT, San Miguel de Tucumán.

CAMARGO MORA, M. (1997). Calidad de vida y capacidades humanas, *Revista Geográfica Venezolana*, 40 (2), 247-258.

CELEMÍN, P. (2007). El estudio de la calidad ambiental: definiciones conceptuales, elaboración de índices y su aplicación en la ciudad de Mar del Plata, Argentina, *Hologramática*, 7 (1).

COSTANZO CASO, C., LANDRISCINI, S. (2012). Dinámica del Mercado de Trabajo en el entorno Neuquino: Segmentación, informalidad y precariedad (En línea). *VII Jornadas de Sociología de la UNLP*, 5 al 7 de diciembre de 2012. La Plata, Argentina. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1794/ev.1794.pdf

DIARIO RÍO NEGRO (26 de diciembre de 2010). En un año más de 4.000 familias se asentaron en tomas neuquinas. Recuperado de

http://www.rionegro.com.ar/portada/en-un-ano-mas-de-4-000-familias-se-asantaron-en-tomas-neuquinas-KWRN_527296

DIARIO RÍO NEGRO (27 de diciembre de 2010). A corto plazo Neuquén tendrá 120 edificios altos. Recuperado de http://www.rionegro.com.ar/portada/a-corto-plazo-neuquen-tendra-120-edificios-al-PWRN_527697.

DIARIO RÍO NEGRO (30 de julio de 2011). El barrio que convive con los pozos. Recuperado de http://www.rionegro.com.ar/energia/el-barrio-que-convive-con-los-pozos-GQRN_673234

DIARIO RÍO NEGRO (28 de febrero de 2012). Desechos petroleros cerca de un barrio. Recuperado de http://www.rionegro.com.ar/region/desechos-petroleros-cerca-de-un-barrio-ACRN_824307

DIRECCIÓN PROVINCIAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (2010). *Provincia de Neuquén. Informe final del Producto Bruto Geográfico 1993-2009*. Neuquén: Dirección Provincial de Estadística y Censos.

DOMEETT, G., KOPRIO, S. (2007). Análisis de la dinámica del ingreso y su relación con la pobreza. El caso del Aglomerado Neuquén Plottier, Periodo 1993-2005. *IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Huerta Grande.

DOMEETT, G., KOPRIO, S., LANDRISCINI, G. (2008). Empleo, distribución del ingreso y vínculos con la pobreza. El Aglomerado Neuquén-Plottier entre 1993 y 2005. *II Jornadas Nacionales de Investigación de las Economías Regionales*. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Tandil. 18 y 19 de septiembre, 2008.

FAO (2015). DT N°1 *Características demográficas, económicas y sociales de la Provincia del Neuquén*. Neuquén, Gobierno de la Provincia de Neuquén/PROSAP.

FERRER, A. (2015). *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

GIULIANI, A. (2013). *Gas y petróleo en la economía de Neuquén*. Neuquén, EDUCO.

GLASS, R. (1964). *London, aspects of change*. Londres, Macgibbon & Kee.

- GOLDSMITH, W., BLAKELY, E. (1992). *Separate Societies; Poverty and Inequality in U.S. cities*. Philadelphia, Temple University Press.
- GÓMEZ, N., VELÁZQUEZ, G. (2014). Calidad de vida y crecimiento demográfico en el Gran Santa fe, *Cuaderno de Geografía*, 24 (42).
- GONZÁLEZ, H. (1997). El sujeto de la pobreza: un problema de teoría social, en: Minujin, A. et al (Eds.). *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires, Losada.
- KESSLER, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LA MAÑANA DE NEUQUÉN (7 de octubre de 2012). *A paso lento, mejora la distribución*. Disponible en: <https://www.lmneuquen.com/a-paso-lento-mejora-la-distribucion-del-ingreso-n164719>
- LANDRISCINI, G., DOMEETT, G., RIVERO, I. (2014). Neuquén, Ciudad Intermedia y Nodo Regional. Algunas Evidencias de La Dinámica Económica y La Centralidad Urbana. *Revista Pilquen*, 17(1).
- LEVA, G. (2005). *Indicadores de calidad de vida urbana*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes-Hábitat Metrópolis.
- LIBERALI, A. M., MASSA, C. (1986). *Los indicadores de calidad de vida en la Argentina. Aportes para el estudio del espacio socio-económico (I)*. Buenos Aires, El Coloquio.
- LUCERO, P., MIKKELSEN, C., SABUDA, F., ARES, S., AVENI, S. M., ONDARTZ, A. E. (2007). Calidad de vida y espacio: una mirada geográfica desde el territorio local. *Hologramática*, 7(4), 99-125.
- LUCERO, P., MIKKELSEN, C., ARES, S., SABUDA, F. (2015). Calidad de vida urbana en la Argentina de la posconvertibilidad. Procesos sociales y territoriales en el período 2003-2012. *Población de Buenos Aires*, 12 (21), 43-73.
- MESAROS, G., VELÁZQUEZ, G. (2015). Geografía y calidad de vida en la Argentina. *Ciencia Hoy*, 143.
- MURMIS, M., FELDMAN, S. (1992). La heterogeneidad social de las pobrezas, en: Minujin, A. et al (Eds.). *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires, 45-92.

NOYA, N., Díaz, N. (2010). Modelo de Crecimiento de las Provincias Patagónicas de Neuquén, Río Negro y Chubut. Su influencia en el mundo del trabajo.

NUSSBAUM, M., Sen, A. (1996). *La Calidad de Vida*. Fondo de Cultura Económica.

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD. (2008). *Comisión sobre Determinantes Sociales de la Salud – Informe final*. Disponible en: http://www.who.int/social_determinants/thecommission/finalreport/es/. [Consultado: 1/9/2015]

PÉREZ, G. (2010). Teoría social del riesgo y cartografía aplicada a la ciudad de Neuquén, *Boletín Geográfico*, 32, 115-124.

PERREN, J. (2010). Estructura urbana, mercado laboral y migraciones. Una aproximación al fenómeno de la segregación en una ciudad de la Patagonia (Neuquén 1960-1990). *Miradas en Movimiento*, 4. Buenos Aires, Espacio de Estudios Migratorios.

PERREN, J. (2011). Segregación Residencial Socioeconómica en una ciudad de la Patagonia. Una aproximación al caso de Neuquén (1991). *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, 10, 65-101.

PERREN, J. (2014). Diferenciación socio-residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén hacia comienzos de los noventa. *Geográfica Digital*, 21, 1-19.

PERREN, J. LAMFRE, L. (2017). La calidad de vida en los tiempos de la Gran Transformación Neoliberal. Una mirada desde la Patagonia argentina. (Neuquén 1991-2001). En revisión.

PREISS, O., LANDRISCINI, G. (2011). La economía neuquina en los albores del siglo XXI. *Revista Pilquen*. Sección Ciencias Sociales, Año XIII, 14, 1-18.

ROCCAGLIATA, J. (1993). *Geografía Económica Argentina*. Temas. Buenos Aires, El Ateneo.

ROFMAN, A. (1988). *Desigualdades regionales en la Argentina*. Buenos Aires, Centro de Estudios Urbanos y Regionales.

SABATINI, F., CÁCERES, G., CERDÁ, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *Revista EURE*, 27 (82), 21-42.

SABUDA, F. (2008). Diferenciación sociocultural de los hogares. Aportes para el análisis territorial de la vulnerabilidad educativa en el Partido de General Pueyrredón. *Territorio y calidad de vida, una mirada desde la geografía local. Mar del Plata y Partido de General Pueyrredón*, 141-176.

SALVIA, A. (2012). *La trampa neoliberal. Un estudio sobre los cambios en la heterogeneidad estructural y la distribución del ingreso en la Argentina (1993-2003)*. Buenos Aires, Eudeba.

SLATER, T. (2009). A literal necessity to be re-placed: a rejoinder to the gentrification debate. *International Journal of urban and regional Research*, 32 (32), 212-223.

SMITH, Neil. (1982). Gentrification and uneven development. *Economic Geography*, 52, 139-155.

STIGLITZ, J., SEN, A., FITOUSSI, J. (2009). *Informe de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social*. Disponible en www.stiglitz-sen-fitoussi.fr [Consultado: 17/03/2016]

T. E. C. H. O. Argentina. (2013). Relevamiento de asentamientos informales 2013. Buenos Aires. Recuperado de: <http://www.techo.org/paises/argentina>.

VELÁZQUEZ, G. (2001). *Geografía, calidad de vida y fragmentación en la Argentina de los noventa*. Tandil, CIG-UNCPBA.

_____. (2003). Factores de diferenciación de la calidad de vida en la Argentina, *Jornadas Argentina de Estudios sobre la Población*. Buenos Aires: AEPA-INDEC.

_____. (2004). Calidad de vida en la Argentina. Elementos para una diferenciación socio-espacial. Otero, H. (Dir.). *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población, siglos XIX-XX*. Buenos Aires, Siglo XXI.

_____. (2008). *Geografía y bienestar. Situación local, regional y global de la Argentina en el censo de 2001*. Buenos Aires, Eudeba.

_____. (2016). *Geografía y calidad de vida en la Argentina: análisis regional y departamental*. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

VELÁZQUEZ, G., GÓMEZ LENDE, S. (2005). Población y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). La fragmentación de la sociedad y el territorio. Velázquez, G. y Gómez Lende, S. (Ed.). *Desigualdad y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). Aportes empíricos y metodológicos*. Tandil, CIG-UNCPBA.

VELÁZQUEZ, G., LINARES, S. (2014). Calidad de vida y escala urbana en la Argentina. Análisis comparativo, 1991-2010, *Caderno prudentino de geografía*, 36.

VELÁZQUEZ, G., MIKKELSEN, C., LINARES, S. (2014). *Calidad de vida en Argentina: ranking del bienestar por departamentos: 2010*. Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

YANES, L., LIBERALI, A. (1986-1989). *Aportes para el estudio del espacio socio-económico*. Buenos Aires, El Coloquio.

LOS AUTORES

Joaquín Perren. Es Doctor en Historia en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Ha realizado sus Estudios Postdoctorales en la Universidad de Coimbra (Portugal). Es Profesor Adjunto del Área de Historia Económica de la Universidad Nacional del Comahue. Es Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS). Dirige el Proyecto de Investigación "Segregación residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén (1991-2010) (Universidad Nacional del Comahue) y el PICT "Calidad de vida en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén (1991-2010)" (Agencia de Promoción Científica y Tecnológica)

Laura Lamfre. Es Licenciada en Economía por la Universidad Nacional de Córdoba. Ha realizado estudios de maestría en Estadística Aplicada en la Universidad Nacional del Comahue. Es Asistente a cargo del área de Macroeconomía de la Universidad Nacional del Comahue. Participa como Investigadora del proyecto "Segregación residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén (1991-2001)".

Es Codirectora del Centro Universitario de Estudios en Salud, Economía y Bienestar de la Universidad Nacional del Comahue.